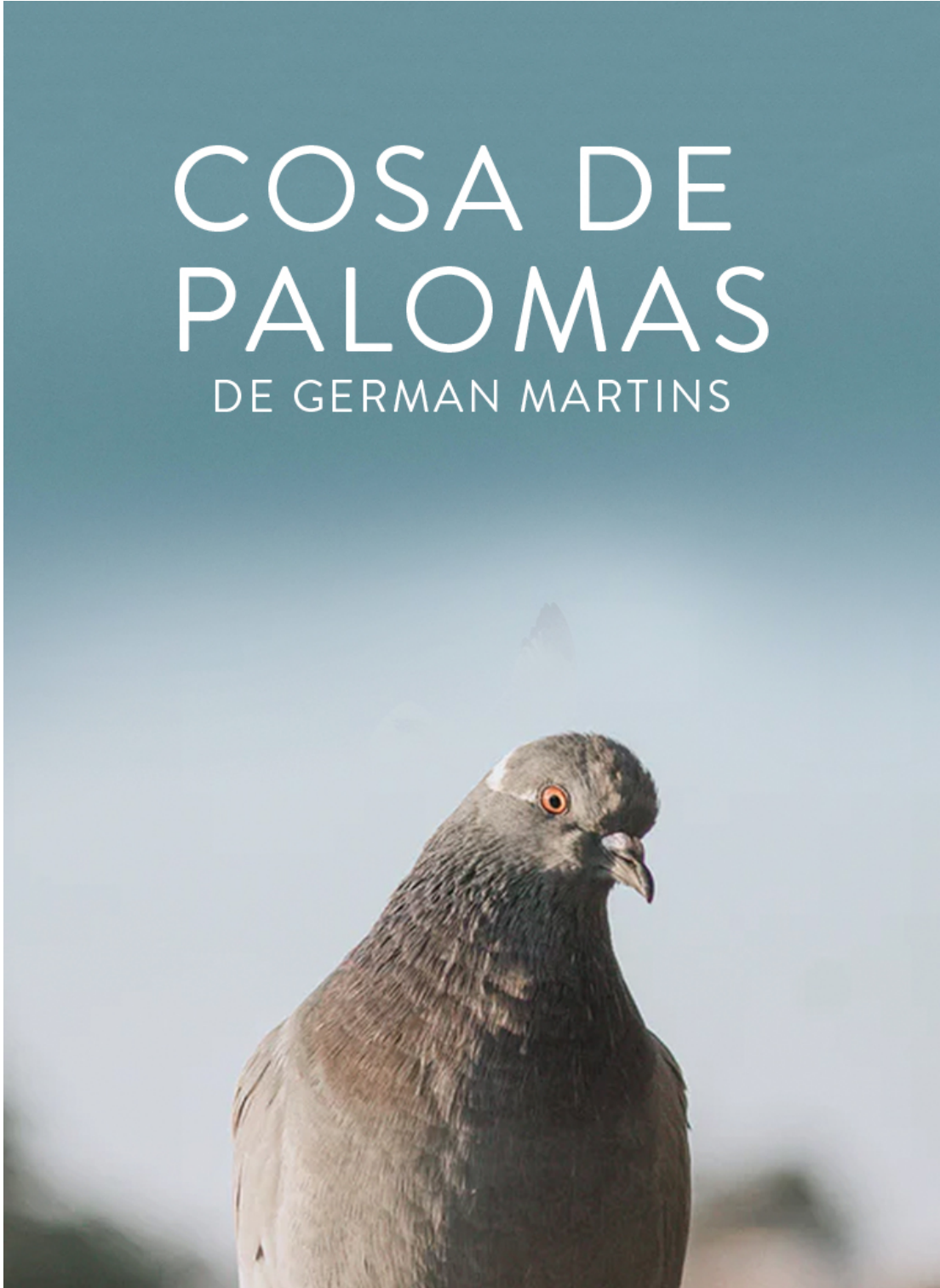


Cosa de palomas

Germán Martins

COSA DE PALOMAS

DE GERMAN MARTINS



Capítulo 1

*

Aquí, présteme atención, por aquí abajo. Desde este lugar del mundo las cosas se ven de una forma un tanto diferente, particular. Desde los ojos de un ser humano, alguien naturalmente humano y desordenado, mi vida podría ser algo similar al sabor de una comida que se repite todos los días, rutinaria. Con la repetición el gusto se pierde, aparece el hábito, la costumbre, y el olvido se adueña de todo lo demás. Penosamente la existencia se torna circular cuando las acciones que atraviesan al tiempo se vuelven cómodas. Pero yo así lo acepto, de todas formas nuestra vida animal es algo más corta que la de ustedes, y cuál es el sentido de cambiar algo que va a terminar fugazmente; definitivamente mejor acostumbrarnos.

Lo sé, la percepción de una anónima no es importante para nadie, sobre todo de alguien como yo, que no es capaz de hablar y contar a otros lo que observa, utilizando sus palabras.

Me cortaron las alas, o simplemente ya olvidé cómo volar, y es que de verdad me pongo a pensarlo a diario, pero no logro recordar por qué terminé en esta plaza.

A mi alrededor, revolotean otras palomas amigas, ya casi familiares, y varios pájaros más de mayor y menor tamaño. Picotean el maíz que los turistas les arrojan en un gesto de generosidad, que todavía no entiendo demasiado. Más bondadoso aún parece ser el personaje que lo fracciona y se los vende en pequeñas bolsas para la felicidad de mis compañeras. Aunque realmente a él tampoco lo entiendo; ni al policía que se acerca todos los mediodías y retira unos cuantos papeles de colores a cambio de una mutua sonrisa y un apretón de manos. No es que no comprenda la finalidad de sus visitas, pues lo hago, sino más bien el objetivo central de ese ritual de intercambio me parece totalmente inverosímil. Y es que por algo estoy donde estoy. Y soy lo que soy.

Los ruidos graves de los motores de los camiones, entre bocinas de automóviles, me aturden en este momento. Yo fui siempre algo vergonzosa, por lo que aguardo a que baje la luz y recolecto las migajas y semillas que nadie ha recogido durante la estampida de aleteos y las horas de más tránsito de ojos acusadores. Me conforman las sobras, o las prefiero con solo pensar en la idea de padecer la burla de los transeúntes. No me engañan sus miradas ingenuas, el reojo con el que me espían al pasar y sus vagos pensamientos de ayuda que se esfuman con el siguiente ruido o distracción. Solidarios se dicen, y jamás van a mover

más de un dedo, a menos que solo sea para arrojar un par de semillas que no los involucren demasiado, y continuar su paso apurado en dirección a cumplir con el resto de sus placeres diarios. ¿Y qué si me duele algo, o tengo frío, o sueño? O si simplemente estoy triste, como a veces me pasa.

Cambiamos de tema. Los que realmente me divierten son los niños. A diario veo miles, que juegan, gritan, lloran, patalean, y luego sonríen sin que una note cuál fue el punto de enlace entre un estado y el otro. Algunos persiguen a mis amigas tratando de alcanzarlas, y vuelan con ellas poniendo sus pequeños brazos como alas, y aunque por supuesto llegan al despegue y terminan de boca en el suelo, el ascenso completo lo tienen prohibido. El polvo de ladrillo del piso seco se forma en rojizas nubes que me ahogan, pero corro y enseguida me distraigo de la multitud, y nuevamente paso desapercibida. Otros días llueve, y no es bueno cuando esto sucede. ¿Se imaginan? En la plaza no hay demasiado refugio: unos árboles, alguna que otra estatua despintada y encerrada entre rejas, y los objetos perdidos que la gente olvida, en ciertas oportunidades con intención de deshacerse de sus recuerdos. Pero la mayoría de las veces dejan caer las cosas sin sentido; papeles, cigarrillos, hasta fragmentos de juguetes o restos de comida. Todo va a parar al suelo, contaminando. Y esa es otra cosa que no entiendo para nada, pero convivo con ella, como con cada irremediable segundo que se supera sobre el otro, tan solo observando. Dejan caer de sus manos algo que puede permanecer ahí por siglos, que molestará a otros seres vivos posiblemente por el resto de sus vidas, pero a nadie parece importarle. Está normalizado, es un estándar en su sociedad, y en la nuestra, es común que pase y no se diga nada. Y yo soy como ellos porque me quedo callada. Lamentablemente nadie está aquí para educarlos, o al menos intentarlo.

Y en la noche los vándalos, que no nos dejan dormir. La sensación de inseguridad es intolerable, se sacuden las plumas de cualquiera con el eco de los gritos, y las corridas. Debería sentirme segura, pero no, temo ser pisoteada de un momento a otro. Hay días enteros en los que no pego ni un solo ojo. Debería dormir en los árboles como mis amigas, pero ya no logro treparlos. Los faroles iluminan poco, o yo ya no veo demasiado, pero la oscuridad me asusta a tal punto que sobran los días en los que me quedo dormida de pie, sin notarlo.

Aun así, con todo lo que les cuento, esta plaza es mi hogar desde hace ya unos meses, o tal vez sean años. Hoy, creo entender, es quince de julio. Lo leí en las hojas de un periódico que se le voló a un niño luego de arrebatárselo a su padre.

A lo lejos me parece observar una silueta conocida, pero no es hasta que se halla a cinco metros de distancia que creo reconocer su figura humana. Y ya les había mencionado que estoy corta de vista. Supongo entonces

que, si no tiene alas, no será amiga mía, y retrocedo de un salto lo más rápido que puedo; pero ya es tarde. La joven me toma por sorpresa y me acaricia. Simplemente me acaricia, sin hacerme daño.

- Vamos mamá, otra vez te escapaste de casa, hace horas que te estamos buscando.

De pronto lo recuerdo. ¿Pero qué hago allí sola en la plaza? No quiero preguntárselo para no espantarla, quizás más tarde pueda pensar en ello y logre reconstruir la historia. No es la primera vez que me pasa. Es como despertar de un sueño cada vez, pero las vivencias se acumulan y quedan felizmente entre mis memorias.

Y besa mi frente tibia, y a mí avergonzada, se me ruborizan las mejillas, pero la tranquilidad de su voz me endulza y obedezco. ¡Claro! Es mi hija, ahora lo recuerdo y me dispongo a volver de su mano a donde me manda; y se me cae una lágrima. Tal vez entonces, como dice, debo procurar concentrarme más y no perder de vista lo que soy, quién soy y cuánto me quieren. Su mirada también está empañada.

- Te amo hija, le digo.

Me observa por un instante con ojos grandes y sonríe.

Y a lo lejos se escucha un tronante sonido que espanta a mis compañeras de plaza, que aletean y forman círculos de aire en el cielo anaranjado, y me miran desde lo alto; y me despiden. Dejo entonces volar con ellas mi disfraz imaginario, suelto mis alas a un costado ayudada por mi hija, y regreso a paso lento a mi casa, tomada de su mano.

() Fragmento del diario de mi abuela Beba, encontrado en un baúl en el cuarto de su casa de verano. 13 de Enero de 1995.*

- Código de registro SafeCreative: 1810268827412